

EDIFICIOS CLUB DE GOLF

ARQUITECTOS: MARIO RECORDON
ALBERTO SARTORI

Recuperar el silencio. Ganar una plaza para la ciudad.

Nuestro terreno está en el recodo de la Avda. El Golf. Antiguas casas señoriales se ubican a nuestros costados. Más allá, la entrada del Club de Golf y el Cerro San Luis. Casi al frente la Parroquia de Nuestra Señora de Los Angeles. Aquí, la Avenida El Golf se abre para dar lugar a una plazuela. La plaza es caminar, sentarse, descansar; sin embargo las plazas españolas de Santiago quedan aisladas por el automóvil, el tráfico, el tráfago. El crecimiento de la ciudad no respetó sus lugares de silencio. Algo similar ha ocurrido en nuestra plazuela de El Golf.

Nuestro barrio lucha por recuperar su tranquilidad; aún no se rinde al vértigo del automóvil.

Hay en nuestro recodo ese aire de intimidad que da el rincón. Qué lejos está de perspectivas abiertas y chatas del Santiago habitual. El recodo, el quiebre, el rincón, es dominio del hombre a pie. El auto se molesta, se turba, se ve obligado a reducir su velocidad.

En este mundo de peatones el edificio debe participar de la convicción del barrio, debe armonizar con su destino, debe abrir una plaza y ganarla para la ciudad.

Es por eso que este edificio retrocede, entrega el recodo a la ciudad y con eso gana el silencio.

La Plaza, la escala humana

El peatón circula bajo el follaje: ese espacio que ocupa es la escala humana. La altura de las casas, el follaje, los techos, es la escala urbana. Más arriba aún, la altura de nuestro edificio, los cerros, la cordillera, es la escala cósmica.

¿Cómo hacer armónico el paso de lo pequeño —el hombre— a lo enorme de un edificio?

¿Cómo relacionar esa altura con la altura del barrio —la escala urbana—? Nuevamente la plaza nos da la solución, y su parrón. Como el atrio de ciertas iglesias, la plaza y el parrón nos preparan para enfrentarnos con lo alto y dimensionan nuestros elementos urbanos en su exacta medida.

El parrón, además, mide explícitamente la dimensión de nuestra plaza y el recogimiento de nuestro edificio. La plaza, pues, es el espacio que ordena nuestras distintas dimensiones: el espacio del silencio.

Ganar el "Norte" de Santiago

La arquitectura chilena no es la rueda de carreta, el adorno de los estribos y espuelas, ni la teja española. La verdadera arquitectura chilena debe amar el paisaje. Ya que nuestro pueblo es joven y casi desprovisto de tradiciones —comparado con Europa—, la arquitectura debe recoger nuestra única tradición innata: el paisaje.

Y en Valdivia una ventana para apreciar la lluvia es arquitectura, y en Valparaíso la casa que se despeña por mirar el mar es arquitectura. Nuestro edificio debe correr hacia nuestro mar, tragarse nuestro mar: la cordillera. Tal es el destino de Santiago, y su riqueza.

Si bien el hombre en la ciudad, a ras de piso solo percibe la cercanía, en la altura, en el edificio, el hombre percibe el "norte" de Santiago: la cordillera.

Es por eso que el Edificio Club de Golf mira de soslayo la ciudad y se vuelca, ávido, a la cordillera, su destino. De allí surge la distribución de sus balcones y ventanas —miradores a la montaña— de allí surge esa plaza en altura que es nuestro balcón principal; y que nos reconcilia con esa otra plaza, allá abajo, que a su vez nos reconcilia con la visión cercana del peatón.

Arqts. Recordón, Sartori.



